

ecuador DEBATE

DICIEMBRE DE 1986

QUITO-ECUADOR



**ETNIA
Y ESTADO**

12

ecuador DEBATE

DIRECTOR: José Sánchez-Parga

CONSEJO EDITORIAL: Galo Ramón, Manuel Chiriboga, Byron Toledo, Jaime Borja, Francisco Rhon Dávila, José Sánchez-Parga.

COMITE DE REDACCION: Alfonso Román, Campo Burbano, Iván Cisneros, José Bedoya, Guillermo Terán, Juan Carlos Ribadeneira, José Sola, Antonio Pineda, José Mora Domo.

COMITE ASESOR: Andrés Guerrero, Hernán Rodas, Juan Pablo Pérez, Francisco Gangotena.

DISEÑO: José Mora Domo

DIAGRAMACION: Vladimir Lafebre.



PRECIO 300 SUCRES

PORTADA: OLEO DE WASHINGTON IZA
GALERIA MANZANA VERDE
1.500 EJEMPLARES
IMPRESO EN TALLERES CAAP
FOTOMECANICA E IMPRESION: G.ACOSTA
COMPOSER: GRUPO CIUDAD
CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR
QUITO-ECUADOR

ecuador DEBATE

La Revista Ecuador Debate es una publicación del Centro Andino de Acción Popular —CAAP—, bajo cuya responsabilidad se edita.

Junta Directiva del CAAP: José Laso Ribadeneira, Manuel Chiriboga, Agustín Armas, Francisco Rbon Dávila, Marco Romero.

Director Ejecutivo: Francisco Rbon Dávila.

ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:

	<i>Suscripción</i>	<i>Ejemplar suelto</i>
<i>América Latina</i>	<i>US\$ 12</i>	<i>US\$ 4</i>
<i>Otros países</i>	<i>US\$ 15</i>	<i>US\$ 5</i>
<i>Ecuador</i>	<i>Sucres 850</i>	<i>US\$ 5</i>

La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173-B Quito, Ecuador, Oficina ubicada en Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre.

El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité editorial

Opiniones y Comentarios expresados por los colaboradores son de responsabilidad exclusiva de estos y no necesariamente de la Revista.

El material publicado en la Revista podrá ser reproducción total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.

El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular.

	Pág.
EDITORIAL FLACSO - Biblioteca	5
COYUNTURA	
IDENTIDAD, MOVIMIENTO SOCIAL Y PARTICIPACION ELECTORAL	
Comité Editorial Ecuador Debate	11
ESTUDIOS	
ETNIA, ESTADO Y LA "FORMA" CLASE	
José Sánchez Parga	25
LA VISION ANDINA SOBRE EL ESTADO COLONIAL	
Galo Ramón V.	79
LA CUESTION ETNICA Y LA DEMOCRACIA EN EL ECUADOR	
Roberto Santana	101
POLITICAS ESTATALES Y POBLACION INDIGENA	
Alicia Ibarra	125
LAS NACIONALIDADES INDIGENAS, EL ESTADO Y LAS MISIONES EN EL ECUADOR	
Juan Bottasso	151
ANALISIS Y EXPERIENCIAS	
COMUNIDAD, HACIENDA Y ESTADO. UN CONFLICTO DE TIERRAS EN EL PERIODO DE LAS TRANSFORMACIONES LIBERALES	
Fernando Rosero G.	163

R224-300

DE REGIDORES Y ALCALDES A CABILDOS. CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA SOCIO-POLITICA DE UNA COMUNIDAD INDIGENA DE CAJABAMBA/CHIMBORAZO.

Carola Lentz	189
YANAURCO 1984-86: LAS CARAS OCULTAS DEL CONFLICTO ETNICO	
José Sánchez-Parga, José Bedoya	213
“COMO INDIGENAS TENEMOS NUESTROS PLANTEAMIENTOS POLITICOS”	
Entrevista a Alberto Andrango	247

DEBATE BIBLIOGRAFICO

DE LA CAZA ETNOGRAFICA A LA CONSTRUCCION ANTROPOLOGIA

José Sánchez Parga	261
---------------------------------	------------

coyuntura

IDENTIDAD, MOVIMIENTO SOCIAL Y PARTICIPACION ELECTORAL

**Comité Editorial
Ecuador-Debate**

1. Qué es lo que está sucediendo con los movimientos sociales, sean populares o campesinos? Es justo culpar de la "desmovilización popular" tan sólo al evidente desarrollo de la capacidad de control político del Estado o al endurecimiento de sus acciones políticas? Es que acaso los movimientos sociales han permanecido iguales a lo que fueron 10 años atrás, o es que su composición interna y hasta sus mismos objetivos han sufrido cambios ostensibles? podemos seguir pensando a los movimientos sociales como lo hacíamos en el pasado sin riesgo a equivocarnos y lo que es peor, atribuyéndoles posiciones y expectativas que sólo están en nuestras cabezas y no en la realidad de esos movimientos.

Lo primero que salta a la vista de quien se interesa por la evolución última de los movimientos de masas es su inusitada variedad: en efecto, el escenario de las tensiones sociales en la ciudad se ve matizado por la irrupción de una red distinta de agrupamientos populares. Al margen de los sindicatos o de los comités pro mejoras de los barrios pobres, aparecen grupos juveniles que se organizan en torno a la cultura, al deporte y la autoeducación emergen agrupaciones de mujeres formando micro unidades productivas, instalando "tiendas comunales", presionando por guarderías infantiles, incorporándose a los "centros de madres", organizando debates sobre la "situación de la mujer", etc. Aparecen grupos de hombres adultos abriendo "centros de cultura", montando programas radiales nove-

dosos, generando incipientes redes de autoayuda, organizando mecanismos de información sobre oportunidades de empleo, etc. En los barrios más consolidados y donde los índices de pauperización son más notorios, destaca el apareamiento de "comunidades cristianas de base" que, con su enorme vitalidad han animado la formación de programas de salubridad autogestionados, han impulsado la creación de organizaciones populares destinadas a concentrar y distribuir productos alimenticios a menor costo quebrando circuitos especulativos antes inamovibles, incluso sumándose a las movilizaciones populares últimas con gran creatividad y dinamismo(1)

El surgimiento de los "comités de derechos humanos" y de "derechos del preso" han puesto en vigencia la necesidad de re-humanización de la sociedad y la defensa básica por la vida, poniendo en tela de duda el abstracto humanismo del que se han vanagloriado las instituciones del derecho burgués.

Cambios similares se advierten en los movimientos sociales campesinos e indígenas(2). En efecto a la rearticulación organizativa de los movimientos (centrados tradicionalmente en reivindicar la propiedad sobre la tierra) , sigue un proceso de diversificación de sus demandas: la presión por paquetes tecnológicos adaptados a la forma específica de empleo de recursos que prevalece en las comunidades andinas; la emergencia de potentes identidades étnicas y territoriales que se politizan de inmediato al verse amenazadas por la modernidad y la consolidación del "Estado nacional"; la puesta en primera línea de lo regional como escenario privilegiado de las ten-

-
- (1) J. Pablo Pérez en su trabajo "crisis, conflictividad y coyunturas sociales en Ecuador, 1981-85" nos dice. . . la participación más significativa de las jornadas de lucha del 19 y del 21 10/82, fueron los sectores barriales, verdaderos grandes protagonistas. Elemento importante de esta participación fue la confrontación de un Comité amplio de huelga que permitió que sectores no orgánicamente vinculados con el FUT participaran en la huelga" (p. 19, ob. cit., Documentos CAAP, Mayo 1986).
- (2) Manuel Chiriboga, en su trabajo "Crisis económica y movimiento campesino e indígena" nos dice al respecto: ". . . desde mediados de la década de los setenta viene ocurriendo un importante proceso de descentralización del movimiento campesino e indígena, o a la inversa, de centralización flexible, mediante el cual se refuerzan y autonomizan organizaciones regionales que representan a sectores campesinos e indígenas más homogéneos en términos de inserción en el proceso de diferenciación social, de modalidades de articulación con el mercado y el Estado y de características étnico-culturales" (p. 1 ob. cit. CAAP 1985).

siones sociales en el agro; la irrupción de lo comunal en la lucha por la captación de los poderes locales, editando originales estrategias de "complementaridad política" entre las tramas del poder específicamente comunales (J. Sánchez-Parga, 1986) y esos poderes; la emergencia de nuevas concepciones sobre viejos problemas del campesinado: el riego, las tierras, los recursos tecno-ecológicos; el paso de una lucha por la "integración" de la cultura. . . en suma, un tejido de ideas, organizaciones sociales y demandas políticas y culturales nuevas que desafían no sólo a los mecanismos convencionales de ejercicio del poder sino a las raíces mismas de las concepciones que lo sostienen.

2. No debemos desconocer que en buena medida, estos surgimientos se deben por una parte a la crisis del propio sistema de articulación social originado en los frenos que desde las dictaduras militares se han venido imponiendo a los movimientos de masas; también el desgaste de las formas conocidas de organización y participación, a lo que se suma, de otro lado, el surgimiento de nuevas sensibilidades en la reflexión y la promoción social impulsada por ciertos movimientos de izquierda, el movimiento sindical, la Iglesia y otras instituciones. Sin embargo, independientemente del indudable peso que tienen algunos condicionantes externos, la variedad actual de los movimientos populares, campesinos y étnicos entraña una innegable originalidad, que podríamos desbrozar en las siguientes intuiciones:

Primera Intuición: Los movimientos populares, campesinos e indígenas surgidos en los últimos años, no son sólo nuevas formas de expresión de las luchas de clases. Son ante todo, *nuevas formas sociales* de conflictividad real.

Una inicial evaluación de la participación campesina e indígena en el último proceso electoral, nos sirvió entre otras cosas, para realizar una suerte de inventario de la diversidad de organizaciones surgidas en el campo y de la variedad de sus planteamientos: en efecto se señalaba para el caso del Cantón Otavalo, el surgimiento de organizaciones (como la FICI) que se plantea como eje de su identidad: "el rescate de valores tradicionales, tanto culturales como étnicos". La Asociación Agrícola Quinchuquí surgida de una tenaz y larga lucha por tierras que, una vez satisfecha su demanda, inaugura un novedoso sistema de aprovechamiento del recurso. La Unión de

Cabildos de San Pablo, aparecida como instancia de respuesta a las exigencias laborales de los hacendados de la región. El Comité Indígena de Ilumán base de una originalísima Asociación de Curanderos. Los promotores evangélicos de Píjal y la Unión de Cabildos de González Suárez, que animan el funcionamiento de varias tiendas comunales y una asociación de carpinteros.

La sensación que crea esta variedad organizativa es en primera instancia la de una afanosa búsqueda de identidad y autonomía frente a la tradición de tutelaje y paternalismo que ha caracterizado a la práctica política surgida de los partidos y poderes locales de la región. A esto se suman las cualidades internas de los movimientos descritos: para la mayoría de sus integrantes, el simple hecho de *participar* se convierte en un poderoso motivo educacional. La experiencia de participación y cooperación, complementaria a la que se origina en la base comunal, rescata en los actores no sólo sentimientos de fuerza identificatoria sino que prolonga en el seno de una sociedad cada vez más individualizada —(con claras tendencias a convertir toda relación social en relaciones de mercado)—, la significación positiva de la socialidad básica que asume la vida en el campo. De otra parte, estas nuevas agrupaciones coinciden en un planteamiento común: la incorporación tanto de la producción cultural del campesinado indígena en la región, como de toda la esfera de la producción material —(con sus crisis y demandas)— a la práctica política cotidiana, rescatando así dos aspectos cruciales en la caracterización de estos sectores que habían sido simplemente omitidos por la práctica política convencional.

Debemos señalar además otras características comunes de estos movimientos: estructuras poco burocratizadas y de manejo formal, mecanismos colectivos en la toma de decisiones, poco distanciamiento entre líderes y bases, gran valor dado a la iniciativa de sus miembros y uso de procedimientos no intelectualizados, más bien directos, para entender y proponer los objetivos de las distintas agrupaciones.

Podríamos completar la intuición final admitiendo entonces que la gran fuerza innovadora de este tipo de movimientos campesinos y étnicos reside finalmente en dos cosas: traslado de preocupaciones desde potencialidades políticas aparentes hacia las capacidades internas de estos grupos para crear y experimentar formas dife-

rentes de relaciones sociales y, por otro lado el inicio de un camino de reapropiación de la sociedad local y regional, desde sus tensiones internas y conflictos permanentes.

Segunda Intuición: Los nuevos movimientos populares, campesinos y étnicos trabajan sobre relaciones de poder concretas, no postergan ni sacrifican los cambios operables a ese nivel por estrategias imprevisibles dirigidas a “la toma del Poder” en abstracto.

Volvamos a señalar ejemplos reales apoyándonos en lo que hemos logrado captar desde nuestra propia práctica. La anticipación publicitaria de las últimas elecciones, la intensidad de esfuerzos desplegados por los partidos políticos en el interés de persuadir al electorado, la puesta en marcha de una compleja red de lealtades y de relaciones clientelares largamente “trabajadas” para reclutar el voto animó el supuesto interés que los sectores populares, campesinos e indígenas habría puesto en participar activamente en las elecciones. Tres hechos nos ayudan para esta aseveración: —el voto del centro izquierda en las últimas elecciones estuvo condicionado por dos aprioris extra electorales de gran importancia: el levantamiento de Vargas Pasos y el rechazo plebiscitario al Régimen.

— Los movimientos de masa, populares, campesinos e indígenas no plantearon orgánicamente (a excepción de ciertos bastiones) ningún tipo de participación *en bloque* para el proceso electoral. Es más, ninguna organización de masas se planteó la conformación de una “organización única” que aglutine y dé coherencia a la participación electoral en torno a tal o cual lista de candidatos. Los mecanismos clientelares y de lealtad que aseguraban cuotas de votos favorables volvieron a operar con inusitada fuerza, dejando a un lado las supuestas “afinidades ideológicas”. Nada indica que los sectores populares o los campesinos e indígenas hayan “tomado conciencia” de la supuesta importancia que para sus vidas tendría la filiación política.

— La abstención electoral aumentó en términos porcentuales en algunas regiones.

Tanto perdedores como ganadores han esgrimido razones de todo género: propaganda mal intencionada, compra del voto, falta de “conciencia” en el electorado, etc. Todos coinciden en caracteri-

zar *negativamente* la forma de participación electoral de los sectores populares, campesinos e indígenas; es decir, en concebir la poca entusiasta participación electoral de la sociedad como una característica negativa de la misma. Nosotros pensamos que es más bien un hecho que nos revela *en positivo* la visión propia que del poder tienen los sectores sociales y el modo de confrontación que sus movimientos plantean.

El voto, independientemente de a quien se lo otorgue, es el signo claro de una estructura de poder oculta: aquella que se fundamenta en *delegar* la capacidad de decisión y gestión a otros, lo que implica como contraparte, la renuncia explícita de esa capacidad por quien se ve obligado a votar. Para conseguir este efecto, toda estrategia electoral debe asegurar un supuesto básico para cumplir su objetivo: reducir la sociedad a una masa estadística de individuos, sin vínculos sociales entre sí, y sin otra presentación que la dé aceptar el juego democrático, como condición para el ejercicio de sus derechos. Daría la impresión que es la estructura política y finalmente el Estado quienes convalidan los derechos básicos de la sociedad y sancionan su ejercicio. Según esta epistemología del poder, es el estado y las estructuras públicas donde la sociedad se vuelve positiva, desarrolla vínculos sólidos, toma conciencia de sí y realiza sus potencialidades.

Como resultado de estas enraizadas concepciones, tenemos algunos efectos relevantes. El centro de atención de la "praxis política" es el Estado en sí y no la sociedad.

No todos los movimientos sociales se han constituido en principio respecto del poder del Estado. Muchos, como las agrupaciones campesinas y algunos movimientos vecinales en la ciudad se han constituido en torno a prácticas que mitiguen los déficits de la reproducción material y organizan medidas que reconstituyan en lo posible las formas sociales que sustentan dicha reproducción. Resulta irrelevante querer entender la politicidad de estas agrupaciones y movimientos a partir únicamente de sus relaciones —de complementaridad o de rechazo— con el Estado. En primer lugar porque esas relaciones no las vamos a encontrar sino reconstruyendo las tramas complejas que urden la mismas en los ámbitos locales y regionales donde se asientan, ámbitos donde el Estado deja de ser "El Poder" simplemente administrativas que involucran *poderes* microlocales de diverso signo y naturaleza.

En segundo lugar porque las relaciones de poder se expresan no exclusivamente dentro del horizonte coyuntural que se define desde el Estado —(desde sus políticas económicas expresas, desde sus modelos de intervención jurídica, desde sus prácticas administrativas y represivas)—, sino a partir de las dinámicas de rechazo o complementaridad que se establecen entre la organicidad positiva de la sociedad (las sociedades, hablando en rigor) y la organización real del Estado.

Los esfuerzos analíticos por describir la positividad de la sociedad ecuatoriana, son recientes. Las Ciencias Sociales en nuestro país se han visto encadenadas a una misma tradición investigativa: entender *lo político* como un campo de acción exclusiva de los partidos, y al Estado, como *El Objeto* de análisis del poder en la sociedad.

La visión de lo político como una esfera especializada, como distinta y separada de la vida social es una construcción histórica de la burguesía clásica: la lucha contra las aristocracias feudales imponía una visión maniquea de la sociedad y justificaba la “profesionalización” de la praxis política, la que se asimilaba como estrategia conspirativa de las élites ilustradas por conquistar el poder establecido.

Esta producción política sostendrá luego tradiciones analíticas a las cuales “nuestro marxismo” no escapó, revelándose críticamente a mediados del presente siglo.

Estamos presos en las redes de esta tradición: la fetichización del Estado, la autonomía de lo político, el reduccionismo de lo político a lo estatal, a los partidos, a la separación tajante entre política y vida cotidiana.

Hoy en día, la crisis teórica ha llevado a una crisis estratégica de los partidos que proponen “cambios” y “cambios revolucionarios”. Crisis correspondientes con el desgaste de las ilusiones democráticas, que por mucho tiempo han organizado no sólo el sentido de las estrategias de éstos partidos sino sus acomodos tácticos. Los partidos políticos sufren una creciente pérdida de identidad con sus orígenes doctrinarios, arribando a la formación de un espacio ideológico centrista, en el que incluso la izquierda corre el peligro de dejar de ser tal.

Nos asaltan preguntas: Es “El Poder” el potencial más importante, la motivación central que encontramos en los movimientos

sociales de la ciudad y el campo? Es “El Poder” el objetivo final de todo esfuerzo cotidiano por las “transformaciones sociales”? Es desde “El Poder” donde se legitiman dichas transformaciones?. Y si admitimos que el poder penetra la vida social, acaso no debemos admitir también que la vida social, con sus impulsos y su riqueza creadora, penetra y disloca permanentemente al poder?

Tercera Intuición: Los movimientos y agrupaciones sociales surgidas en los últimos años no son formaciones políticas incipientes. Son otro modo de practicar y formular lo político desde la sociedad concreta y no desde el estado.

La crisis económica y social presente, conlleva entre otras, una crisis profunda en el sistema de ciudadanía que, para lo que nos compete, se expresaría en los siguientes hechos:

— Los mecanismos de reclutamiento del voto, la organización de las campañas electorales, la “debilidad” de las tácticas persuasivas, evidencian la dificultad que encuentran los partidos para actuar frente a un estado que monopoliza los mecanismos clientelares clásicos, al ejercer control sobre recursos destinados tradicionalmente a “comprar” el apoyo electoral. Se pone en evidencia además, los límites de los vínculos y sistemas de lealtad y aprobación con lo político, en el proceso de formulación de una decisión electoral. Una forma de percibir ese rechazo al sistema de ciudadanía, que se intenta convalidar desde la obligatoriedad del voto y desde el marco de “definiciones” que imponen los partidos políticos en nuestro país, es sin duda el alto porcentaje de abstenciones y nulitaciones, así como otros comportamientos que enumeramos a continuación: —frente a la rigidez ideológica de las distintas ofertas electorales, el voto indígena se fracciona entre varios candidatos de distintas agrupaciones. (Lo que nos revela el sentido de complementaridad andino, trasladado a lo político).

El “voto colectivo” vincula al acto electoral con identidades de otra naturaleza, fundamentalmente étnicas. (La comuna tal decide colectivamente votar por determinados candidatos).

En las últimas elecciones, se “negoció” el voto con mucha cautela de parte de los sectores populares y campesino, con miras a asegurar cuotas ciertas de servicios y otras prevendas a cambio del voto.

Se pueden explicar estos comportamientos tan sólo desde la perspectiva de los partidos o del Estado? Se puede afirmar por ejemplo, que tras estos comportamientos electorales, lo único relevante es que a nuestros políticos profesionales” les falta capacidad para llegar a las masas: Son los partidos políticos los que no pueden integrarse a la sociedad ecuatoriana ni interiorizar en la misma sus ideologías o es que una sociedad variadísima como la nuestra no puede integrarse a una estructura rígida como la que proponen los partidos políticos? Se puede decir simplemente que la sociedad ecuatoriana es “atrasada políticamente” porque no se logra adaptar al sistema de convalidación política que sintetizan los partidos?

Estas dudas, que no han dejado de expresarse en la escena política nacional reflejan dos cosas que ya venimos insistiendo desde el principio de éste artículo: una lectura de “lo político” reducida al estado y los partidos y un franco desprecio cultural por las múltiples politicidades (no-estatales y no-partidistas) que anidan en nuestra sociedad.

Para aclarar mejor el sentido de estas afirmaciones volvamos al análisis de lo que fue la última contienda electoral en el campo.

A pesar de las particularidades que la contienda sufrió en cada región de la sierra centro-norte, se advierten tres constantes:

- Descalificación de los partidos como opción para la representación política local.
- La organización campesina aparece en primer plano como instancia de negociación privilegiada de la participación política.
- Alineación de un cierto porcentaje homogéneamente distribuido de votantes con el centro y la izquierda (efecto boumerang del “Vargazo”, más que una definición ideológica).

A pesar de las diferencias específicas entre cada cantón y región se ve que en todas ellas, el proceso de convocatoria y legitimación de la participación electoral radica en las organizaciones indígenas y campesinas y no en los partidos. Estos últimos finalmente parecerían ceder tal prerrogativa a las primeras, “conociendo” un manejo independiente de las candidaturas, de los programas y la capacidad persuasiva a los líderes campesinos.

La coyuntura electoral parecería crear un marco distinto en las formas de participación social tradicionales: las particularidades y

variaciones que caracterizan la etnicidad de los sujetos sociales, dan la impresión de complementarse con identidades de orden más clasista. Esto corrobora la sensación de un comportamiento pendular entre identidad étnica, expresada en ámbitos comunales y locales e identidades más colectivas y difusas que remiten a ámbitos más regionales y hasta nacionales.

En este sentido, la participación electoral y las elecciones mismas (su maquinaria, los campos visuales que organiza, los escenarios de participación que propone, su iconografía, sus modos de transacción. . .) deja de ser un simple hecho coyuntural, revelándonos procesos más hondos y significativos. Los partidos, y hablando en rigor, la maquinaria electoral en su conjunto, y sin ser su intención, posibilitarían la asunción de una identidad temporal, probablemente necesaria a las utopías indígenas, que se expresa como voluntad común no fraccionada por las diferencias regionales y temporalmente poseedora de dimensión nacional.

Tras la acción "política" de los partidos e incluso confundida con ella, surgen otras concepciones del poder, de las alianzas y del fraccionalismo, de las utopías ancestrales que, por contados momentos logran expresar unitariamente su diversidad.

Mientras no entendamos este doble juego entre sistema político convencional y los objetivos, procedimientos y expresiones de la politicidad social, seguiremos cayendo en el error de mirar a los nuevos movimientos sociales de la ciudad y el campo como expresiones pre-políticas de los conflictos. Nuestro trabajo se reducirá así a incorporar esos conflictos y esas formas organizativas a la praxis política partidista, como única posibilidad de legitimar su potencialidad.

Esto no significa ningún cambio: al contrario, seguiríamos pensando las novedades del movimiento social, "en función política", es decir, en función de un proyecto de poder que tiene como referencia al Estado. No sólo se trata de descubrir entonces el supuesto "potencial político" de los movimientos de base. . . es posible que, frente al estado, éstos no tengan ningún potencial sustitutivo. Se trata de descubrir en ellos un nuevo sentido de la vida y la sociedad que estos movimientos logran transferir a la sociedad actual. . . y ese es su poder.

Dar un paso en este sentido es superar en los hechos y no en las palabras lo que hemos tratado de expresar a lo largo del ar-

título. Para terminar, una brevísima acotación: hoy, cuando asistimos a la aparente imposición de modalidades autoritarias de ejercicio del poder por parte del Ejecutivo —(al parecer único procedimiento para llevar a cabo su modelo neoliberal)— vemos también que las formas de oposición generadas desde el parlamento o los gremios de trabajadores, maestros y estudiantes, no logran captar el amplio movimiento popular que permitiría un nuevo balance activo de la correlación de fuerzas.

Por más votos sacados por determinadas tendencias políticas, resulta difícil convertir esos votos en un movimiento social activo que proyecte esas oposiciones a frenar decididamente el autoritarismo oficial. Cómo explicar semejante impasse?

Las intuiciones aquí anotadas proporcionan elementos para el debate de semejante problema: ese “poder delegado” que llevó a las políticas de oposición hasta el Parlamento no parece corresponder con las necesidades y concepciones de los movimientos sociales de “no” delegar su poder concreto, de no renunciar a la autonomía —(elemento clave de su frágil identidad)—, sino de asumirlo, de ejercerlo de manera directa; esa “delegación” parece más bien desactivadora de la participación política, antes que catalizadora del descontento popular.

Las concepciones del poder y del llamado juego democrático manejado por la oposición parlamentaria, no parecen corresponderse con las concepciones del poder, de la ciudadanía y de la participación política que los movimientos campesinos, étnicos y populares poseen. Esas organizaciones, nacidas de la autoayuda, la cultura, la negociación de servicios, la reapropiación de territorios. . . mostrando intereses y concepciones de poder distintas, no se adecúan en rigor con las propuestas oposicionistas que parten de una supuesta interiorización de las concepciones y mecanismos con que opera “el estado moderno”, en el pensamiento y la vida de los ecuatorianos. Y el problema no puede formularse como una simple necesidad de que la “inteligencia política” adecue sus discursos para acercarse a los movimientos sociales. Parece falso que un baño de “populismo” de algún diputado permita captar a los movimientos sociales tras su propuesta. Tal esperanza no sólo que es falsa y meramente ideológica sino que no se compece con la politicidad concreta de la sociedad ecuatoriana.

Es posible momentos de encuentro entre estos distintos movimientos sociales, de éstas distintas concepciones: Puede el autoritarismo estatal crear la coyuntura de unidad, de identidad de los movimientos sociales, tal como ha logrado unificar las posiciones de centro y de izquierda en el Parlamento? Tales son las preguntas que dejamos planteadas para el debate.